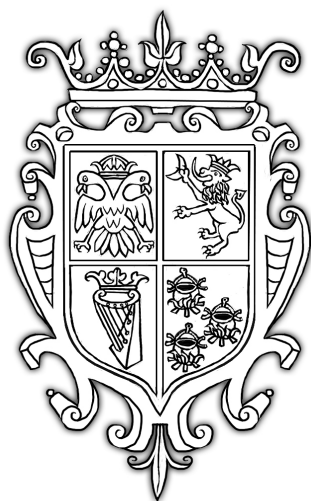


MEMORIAS DE UN BASILISCO

GONZALO LIZARDO

MEMORIAS DE UN BASILISCO



m̄r

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Pintura de portada: *Joven capitán* por Paul Rubens, 1620

Fotografía de autor: © Jesse Mireles

© 2020, Gonzalo Lizardo

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial MARTÍNEZ ROCA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: enero de 2020

ISBN: 978-607-07-6327-4

Primera edición impresa en México: enero de 2020

ISBN: 978-607-07-6322-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

VÍSPERAS DE UN DESAHUCIADO



O, DON GUILLÉN LOMBARDO, católico, apostólico y romano por la gracia de Dios puro, Señor de lo visible y lo invisible, confieso ante Dios y ante quien me leyere que aun hallándome en lo más profundo de esta miseria, no habré de retractarme por los pecados que me atribuyen, y que delante de la muerte misma, jubiloso despierto al mundo con el solo tañido de estas campanas, tan musicales y piadosas, que hasta mi celda acuden. Frotando mis ojos supongo, a fe mía, son las de Santa Catalina, que dan la segunda llamada a misa, y pronto escucharé los bronces de la Catedral, tronadores como arcabuces (pero melódicos), seguidos por el parloteo de los gorriones, las torcazas, los canarios, miles de ellos, trinando allá afuera, en las jaulas de esos indios que los venden por la calle de Picazo.

Hablando de ellas, escúcholas ahora. Ah, cómo envidio la irónica alegría de sus voces; jaulas llenas de dolor, canto prisionero y entristecido, sí, pero menos que el mío. ¡Ay!, si un demonio hubiera, capaz de cumplir sus pactos, en prenda daría yo un pedazo de mi alma rota solo para abrir sus jaulas y dejar que huyesen, cual emplumado arco iris, parvada solar entre alegres repiques. (Y otro pedazo venderías, Guillén, por una amorosa ninfa, como la bella

Isabela, de tus deseos samaritana, de tus besos manjar, de tu presidio consuelo).

¿Cuántos tañidos como estos han resonado en mis oídos, ahí-tos de gloria y de infamia? Las tristes campanas de Saint Peter, en Wexford, donde fui bautizado como William Lamport, o las joviales de San Cipriano, que por la tarde tintineaban, cuando en el Tajo me bañaba con mi señora, Ana Cano, la Castañuela, emperatriz de mi amor y tirana de mi alegría. O aquellos bronces de Santo Domingo, que plañideros lloraron la muerte de Mañozca el Viejo (infame arzobispo que Satán cocine a fuego eterno); fúnebre tañido que impidiéndome dormir esa noche, forzome a postergar mi fuga con Diego Pinto; una decisión que fue de gran beneficio, pues permitió que la siguiente noche, con gran suceso, evadiésemos la vigilancia que Mañozca había dispuesto para impedir nuestra evasión. Una hazaña sin par, empresa heroica, justa y cristiana, para mayor gloria de Dios y maravilla de todo México, *Laudate Patrem amantem Verbum suum vocatum Filium*.

Triste evasión fue aquella, que no habrá de repetirse, pues de aquí solo aceptaré salir si me absuelven, sin mancha y con fama restituida ante Dios y ante los hombres. Aunque si tal gloria alcancé, ¿por qué sigo aquí, moribundo entre soledad y gusanos? ¿En qué momento perdí la esperanza, olvidé mi orgullo y rendí mis armas? ¿Cómo terminé así, fétido el aliento, hirsuto el pelo, pringosa la piel, pútrida mi alma? No lo recuerdo y poco me importara si no fuese porque, luego de tanta indolencia y alevosía, algún secreto mecenas mío depositó sobre mi mesa, entre mil suciedades, una bellísima resma de papel blanco, tinta negra, cirios y plumas para escribir. Y la posibilidad de verter, en definitiva, la verdad de mi presidio, ha consolado mi corazón y mi alma revivido.

Por ello puedo ahora, con renacido ánimo, blasonar por escrito la gloria que obtuve resistiendo, sin que me callasen jamás ni me rindiesen, aunque en esta hora ellos duerman en lechos de rosas, mientras yo retiemblo de frío y sus perros levantan mi cadalso. ¿Puedes verlos, Señor mi Dios, a esos leones rugientes que se yerguen sobre mí, atrás de esas rejas, para devorar mi alma con sus fauces abiertas, luego de atormentarla con sus zarpazos? Qué pequeños

deben parecer, a esos endriagos tan poderosos y potentes, los dolores que fustigan este cuerpo mío, tan pequeño y débil, terco y tan triste. Cómo resignarme, lo ignoro. Por más que olvidarlo quiera, si algo habré de recordar en el cielo o el infierno, seguro será esta tumba mía, esta mazmorra hedionda, estómago de un demonio que por diecisiete años, con deleite, ha rumiado mi alma.

Pero incluso aquí, vencido, he de vencer mi suerte (como Sócrates o Bruno) y proclamar orgulloso: *Gregem Innocens, tenerum innocentium congregando, se predicat inmolari Pro grege Pastor oblatus*, que el inocente congrege a la tierna grey de los inocentes y anuncie que va a inmolarsse por su grey, cual pastor clemente. En pos de ese destino habré de fijar testamento escrito, sin intención de engañar o de conmover a nadie sino a mis almas y voces interiores, compañeras de mi presidio: el pequeño Will, el docto Guillermo, el rabioso Zorro Willie y el rebelde don Guillén. (Sin olvidar la otra que adentro te aconseja, informa o increpa, entre paréntesis siempre, como ahora lo hace).

Así pintaremos, con crudos pinceles, nuestra muerte; así contaremos, con arduas palabras, nuestros pecados. Para alguien como yo, que mil salmos ha compuesto con tinta sangre sobre los lienzos de sus sábanas, ¡qué placer será blandir la pluma de ganso, oler la tinta fresca, transcribir los badajos que repican (allá afuera y acá dentro) su tañido de memoria y de ensueños! Porque de ese modo escribiendo, como enseñaba Palafox, tendrá mi alma un superior entender en sí misma, juzgándose a sí, sobre sí, de modo que mirará su inferioridad y tomando la vara de juez en la mano, habrá de conocer y ponderar sus acciones, las pasadas tanto como las presentes. De ahí se va propiciando la propia observación, mirando lo que obra por corregirlo, pues cuando tiene fuerzas para enmendarlo, no le falta dolor para sentirlo, ni lágrimas para llorarlo, conque va mejorándose el interior y corrigiéndose el exterior.

Como tal he de cumplirlo, por la gracia de Dios puro, escribiendo una foja por día como hice con mi *Regio Salterio*, mientras escucho las campanas de Santa Catalina, alegres como mi hermana, Cathy la cantarina, cuando cantaba esa canción que acude ahora a mi memoria, llenando con su melodía este calabozo fétido,

con tres varas de ancho por tres y media de largo, entumido como estoy en esta cama humedecida, sin cántaro de agua ni jarrillo para beber, sin más ajuar que esta mesa donde he de escriturar mi melancolía:

Cuando en exilio me hallaba,
conocí en la santa Irlanda
a damas bellas y puras,
a pescadores y a curas...



«UNA ISLA DE SABIOS Y SANTOS, esa es Irlanda, mis hijos, pero también de valientes y traidores», sentenciaba mi padre, el capitán Richard Lamport, con vozarrón de gaitero, en cuanto el faro divisábamos de Hook Head; ese cíclope de luz que custodiaba con su ojo la bahía de Wexford, nuestro puerto y nuestra cuna. «Esta es nuestra patria, isla de celtas y normandos, del Santo Patricio y del hereje Pelagio, isla de dolor, donde nadie ha peleado por los nuestros sin que otro de los nuestros lo traicione», seguía clamando mi padre hasta que un oficial dábale una cerveza y juntos brindaban por la *Insula sacra* y maldecían a los ingleses, sobre todo al hijo de puta Charles, rey de Inglaterra, expolio de nuestra patria «¡y cobarde asesino, además, del barón Nicholas Patrick Lamport, mi valiente tío!», como solía gritar don Richard.

Era el año de Dios de 1619. Yo tenía ocho años y me conocían como el pequeño Will, por llamarme William Lamport, hijo segundo de mi padre (jovial pescador) y la bella Alfonsa Sutton (*Mater amabilis, mater admirabilis, mater boni consilii*). Negro y sereno, semejava el mar una noche sin estrellas, mientras que el cielo, por el oleaje de sus nubes, más figuraba un mar embravecido. Si era la tarde o la mañana poco importaba; feliz veíase el capitán Richard Lamport, barón de los pescadores, bebiendo su cerveza sin descuidar el timón; doña Alfonsa se holgaba en la estufa, sofriendo arendques con papas para nosotros sus hijos, que en cubierta muy propios jugábamos.

Dando sermones a todos, mi hermano John, el más grande, jugaba a que era arzobispo, muy sentado en un sitio, con su flagelo y su libro de plegarias. Alegres o melancólicas, viejas lides cantaba Catalina, fingiendo ser Fionnuala, la hija del rey Lir, que por efecto de un maleficio convertíase en un cisne de voz prodigiosa; por nuestra parte, Gerald y yo nos volvíamos dos guerreros, Raymond le Gros y Richard de Clare (el afamado Strongbow): dos caballeros normandos que invadíamos Irlanda para libertarla de sus tiranos, uniendo sus dominios, dando ciencia y religión a todos, librando batallas que teñían de rojo el ocaso y sembraban las riveras del río Slaney con cabezas cortadas, pendones ensangrentados, armaduras rotas y ríos de podridas carroñas.

«Por vuestros juegos conoceréis vuestro destino», decíanos mamá Alfonsa en el refectorio, durante la cena: «una corazonada me dice que John será el santo, William el sabio y Gerald el valiente en nuestra familia». Afligiase Catalina, negándose a hacer el papelón de traidora, como tantos traidores irlandeses, hasta que el mismo don Richard la consolase: «No llores, mi princesita, que tú serás siempre como la hermosa Fionnuala, que incluso transformada en cisne velaba por sus rudos hermanos».

Felices, todos celebraban a Catalina por su voz y bondad, en especial yo, que tanto la adoraba y en secreto aspiraba a mostrar por ella más santidad que John y más valentía que Gerald, amparado por esa mancha escarlata, «la seña del ángel», que apareció en mi frente desde mi nacimiento y que palidecía o se entintaba según cambiase mi carácter o se encendiese mi alma. Arduas polémicas provocaba entre mis padres dicha señal, ella por haber soñado que era símbolo de un ángel virtuoso, como augurio de sabia santidad y santa sabiduría (legado de su sangre castellana), mientras que mi padre argüía, sustentado por signos astrales, que era seña de un ángel guerrero que así prometíame (como herencia de su linaje normando) una vida plena de heroísmo y sangre, fuego y más fuego.

En pos de tales destinos que mis nobilísimos padres soñaron para mí, había fraguado yo una estrategia no exenta de ingenio, basada en el estudio, la disciplina guerrera y el ayuno religioso. Sin merma de la gramática, la retórica y la aritmética que me impartiesen Thomas

Furlong o Henry Plunkett, monjes prudentísimos, don Richard y el tío Walter me adiestraban en la esgrima, junto a mi primo Gilbert, para enfrentar algún día al rey inglés y descoserle el pellejo a cuchilladas, en venganza por la muerte de mi tío abuelo Nicholas Patrick; de ahí mi empeño por manejarme con dos armas en combate: un puñal recto para la diestra, una daga curva para la siniestra, a ejemplo del famoso Strongbow que así empuñaba sus dagas, la Sunamita para matar moros y la Jadiya para matar hebreos.

Mas apenas en cayendo la noche, trocaba yo la espada por la poesía y el estudio por la plegaria. Mamá servía té caliente a los cuatro, y alumbrada por un cirio nos leía las más arcaicas leyendas de Irlanda, como las sagas de Ulster y Munster: poemas de traición y venganza que nuestra sangre niña encendían con fuego que después debía ser apagado por *La leyenda dorada*, o el *Flos Sanctorum*, y los santos poemas que recitaba para adiestrarnos en la lengua castellana y en las vías del ascetismo: versos para enseñar la oración, versos para reducir el alimento, versos para mortificar las carnes hasta que el cuerpo desfalleciera, versos para que el alma se desprendiese, sutilísima, a contemplar en lo alto los misterios de la mente divina.

Poco importaba a mis padres cuánto jugáramos o leyésemos mientras supiésemos ayunar, dada la penuria de las cosechas y la abundancia de los impuestos, doble cortesía del tirano inglés que nos impedía arrendar tierras o sostener comercios con el continente o las colonias de América. Durante las ausencias de nuestro padre (cada vez más prolongadas), doña Alfonsa no podía vigilar nuestros juegos, como tampoco impedir que nos escapásemos Catalina y yo a los robledales de Ballyhire, a medio día de casa, por donde llegábamos a Escofira, pues teníamos ahí nuestro feudo imaginario, entre la abadía de Our Lady's Island y el castillo que en sus tiempos Strongbow cediese a nuestra familia por sus méritos en la conquista de Hibernia. Un claro de bosque, cubierto de tréboles y líquenes, frecuentado por lobos y brujas, con dos menhires celtas y un monolito que hacía de altar donde practicábamos nuestros rituales.

«Ahora no podemos rezar al Cristo ni al Elohim de Israel», decía Catalina, encarnando su papel de sacerdotisa, «hemos vuelto a un siglo que no conoce el Evangelio y que venera otras deidades, un

siglo donde todas las religiones son una, hermano William, y una patria es fruto de todas las patrias». En seguida ordenaba que nos quitásemos las ropas, sin recelo ni pudor, y yo obedecía mientras ella cantaba una balada (quizá) más antigua que la cruz:

Helado el viento ya sopla
y gentil la lluvia ya cae
sobre mi amor verdadero,
el que jamás antes tuve
y que ahora yace inerte
sobre la seca hojarasca...

Al compás de esa balada, Catalina disponía los ojos de una gallina, un escapulario de huesos, muérdago en manojo, castañas, la cabeza de un cuervo, todo metiéndolo en una vasija de cobre que llenábamos de agua y hacíamos hervir con fuego de leña y hojarasca. Mi hermana usaba hollín para trazar una estrella de seis puntas, sobre un espejo roto que en el caldero sumergía, donde por turnos agitábamos la mixtura, cantando «Y por mi amor verdadero / como un huérfano lo haría / a llorar me sentaré / sobre su inquieto sepulcro...», hasta que estaba lista la pócima, de ella bebíamos y en el espejo aparecía una mancha, un jeroglífico de ceniza donde (en teoría) vislumbraríamos la agonía del rey Charles, la independencia de mi santa Irlanda, o el tesoro pirata que mi padre conquistaría en Terranova.

Desfallecido (quizá) por el cansancio, el ayuno de dos días, el humo o el aroma del muérdago, en vez de esas figuras formuladas por mi deseo, mireme de pronto perdido entre los robles de Belly-hire, corriendo tras Catalina, quien escapaba de ahí como asustada por algo terrible, algo que luego pude ver a la rojiza luz de la tarde: un malherido caballero de barbas y cabellos rojos, que renqueaba en dirección nuestra, con la armadura muy sucia, demenciados los ojos, mucha sangre en la cara y un jirón de carne colgando del cinturón. Por más que luego Catalina negara lo sucedido («Seguro fue de esas epifanías que ves, hermanito»), bien recuerdo que detúveme yo en medio del bosque, paralizado por el miedo, el deseo de proteger

a mi hermana y mi pueril curiosidad por ver de cerca un muerto, sobre todo si era uno caído en batalla. Pero tuve que escapar, agitado, cuando me dijo: «¡Vete de aquí, niño, ve y cuida a tu pobre madre ahora que puedes!», con voz ronca, aliento podrido y muchos gusanos que escurrían de su boca, muy pálidos.

Fue entonces cuando desperté, en medio de la noche fría, acostado sobre el altar celta, junto a mi hermana. Por más que luego Catalina exigiese de mí que lo callara, por haber cocinado esa pócima de brujeril efecto, preví por ese augurio el peligro que acechaba a mi madre, doña Alfonsa Sutton y Guzmán, irremediable amenaza que Catalina y yo no podríamos impedir, ni dar aviso a nadie, por no ser acusados de hechicería. *Mea culpa, mea culpa, mea culpa.*



«¿SABÍAIS QUE LOS ANTIGUOS TEPANECAS, antes que fuesen sometidos por los mexicas, nombraban cada año un Rey de Burlas?», me preguntó ayer el alcaide Merino, un bruto pero oficioso hombretón, que tiene en la cabeza más cicatrices que pelo, y a cargo está de revisar mis grilletos y traerme comida: «Una vez elegido dicho Rey, por dieciocho meses era engordado para sacrificio en las calendas del mes decimoctavo, lo cual señala a vos, don Guillén, por la copiosa dieta de estos últimos días, pues se dice que así, bien cebada con grasas, se cuece mejor la carne de hereje», burlo el infeliz, mientras servíame gallinas fritas, huevos, alcachofas con pasas y chocolate enchilado, apuntando que pronto mis jueces dictarían mi sentencia y fijarían fecha a mi Auto de Fe.

Tras darme a notar que casi por tres años viví como bulto, desde que el alcaide Cristóbal Mancilla acuchillome, alevoso, estuve sin palabra ni razón hasta ayer, en cuanto la tinta olí y el papel nuevo. «Por eso me compadecí de vos», apuntó en sacando de su alforja una botella de vino, tabaco y pliegos de papel para fumar y para escribir, a más de las escribanías que tantas veces me negaron mis jueces. «He comprado con mis reales estos menesteres porque transcribáis para mí vuestras memorias, empezando por la de esa mancha roja, vuestra señal del Diablo, que enrojece vuestra frente cuando amenaza el

peligro; os prometo que nadie sino yo conoceré vuestras memorias, ávido como soy de solazarme e instruirme con vuestro ingenio; por Dios que sabré recompensaros».

Así declaró ese protervo pícaro, santiguándose para acreditar su palabra, y así mismo lo he aceptado. (Mal negociante no eres: grave fue el precio que has exigido y que él ha aceptado sin regateos, porque no lo acuses de *marrano*. No escatimes precauciones: escasa confianza amerita un cancerbero de esa calaña, tan poco fiel a sus amos. Exígele paciencia, alarga sus plazos, aprovecha su papel para trazar en secreto sortilegios, invocando a genios auxiliares con los conjuros convenientes, como aquesos que Gerald te enseñaba jugando a los corsarios en el *Mermaid Mary*). *Laus Deo*. Amén.



SI ALGO HE DE AÑORAR cuando muera será la diáfana brisa de Irlanda, la vieja Hibernia, aromosa a sales, mientras irisaba la cerúlea piel del océano, bajo sábanas de neblina que el horizonte diluían. Y en medio del golfo, como garabato de tinta sobre la página blanca, evocaré entonces el barco de mi padre, don Richard Lamport: un bergantín bacaladero de calado medio y dos mástiles de cedro rojo, llamada *Mermaid Mary*, que mi padre conducía, dos veces por año, rumbo a Terranova para pescar bacalao.

Nunca quiso el capitán Lamport que sus hijos viajásemos con él, pues nunca tuvimos edad para su oficio, el cual era, según su decir, el más heroico del mundo por cuanto ni siquiera los corsarios padecían tantas muertes, las más por ahogamiento y no pocas por frío, sin contar los infelices que morían masticados por tiburones, por calamares, o peor aún, por el Trochochiron, ese monstruoso pez que Diodoro Sículo describía con cuatro colas y cuatro cabezas dispuestas en cruz; frecuentaba la isla de Yambolo, decíase, y a cubierta saltaba con las redes de arrastre, para prender con sus dientecillos las piernas, brazos o garganta de los marinos, sin que soltase presa en tanto no fuesen cortadas, de tajo, sus cuatro feroces cabezotas.

Entre las aventuras que nos contaba y repetía, con innúmeras variantes, Gerald y yo preferíamos la del Belzebub, un cachalote así

llamado por su piel negrísima y su furor demoníaco; medía treinta varas, según mi padre, que pudo enfrentarlo al norte de las Orcadas, cuando atacó la *Mermaid Mary* con vehemencia sin adjetivos; y por poco echaba a pique el bergantín, si no fuese porque, en su ciega embestida, encajó su frente en el espolón de proa, donde fue rematada por los arpones de mi titánico padre. Cuando la tripulación, victoriosa, húbola destazado, descubrieron en su vientre un gran botín de oro, plata y muchos tesoros españoles, entre los cuales eligió mi padre una gargantilla para su esposa, unos aretes para Catalina, un crucifijo para John, un pectoral guerrero para Gerald y para mí dos lujosas Biblias. Una en latín, donde fui enseñado a leer, y otra con las fojas blanqueadas por la sal, donde tracé mis primeros garabatos. En Wexford aún se recuerda el acopio de esperma que hicieron del sanguinario Belzebug, pues con él fabricaron los cirios que por diez años iluminaron las bóvedas de Our Lady's Island, la abadía fundada por Rudolph Lamport, heroico templario, para que rezara su familia por él mientras luchaba en la Segunda Cruzada.

¡Cuán gloriosas tardes aquellas, cuando escuchaba en boca de mi padre las hazañas de ese templario, fundador de nuestra stirpe, que muriera en los Cuernos de Hattin, abatido por las hienas del moro Saladino! Gran pasión me causaba la vida y la muerte de Nicholas Patrick Lamport, mi épico tío abuelo, que, con su tropa de quince mil hombres y diez bergantines, rompió el cerco del rey Charles al puerto de Kinsale, matando once mil ingleses que rodeaban la ciudad, defendida por los señores de Tyrone y Tyrconnell, junto con sus aliados españoles: medio millar de valientes soldados, conducidos por Juan del Águila. A consecuencia de esa batalla, durante los años ulteriores el joven Richard Lamport hizo fortuna y caridad a la vez, transportando en su barco irlandeses que eran acusados de sedición por la Corona inglesa, y que debían por ello emigrar a España, donde podrían vivir libremente su fe (decíase).

Emocionados por las hazañas mil que vivió en esos viajes, y que don Richard contaba con sus enfáticas voces, mi hermano y yo abordábamos a escondidas el *Mermaid Mary* cuando se quedaba sin vigilancia por etílico descuido de los guardias. Por horas y horas recorriamos sus cubiertas, húmedas de sal, sus camarotes invadíamos y

sus bodegas saqueábamos, a la caza de piratas imaginarios, berberiscos fantasmas o ingleses excomulgados, cuyas almas reencarnaban, según nosotros, en el pellejo de esas ratas, murciélagos y serpientes que parasitaban el bergantín, las que Gerald cazaba con trampas de su invención y con los poderes secretos de la música pitagórica, que virtuosamente sabía ejecutar con su pífano de bambú.

Las pocas bestezuelas que no conseguía domesticar, mi hermano las usaba como cebos que atrajesen presas de mayor mérito, como ese falcón negro que rondaba el mástil del *Mermaid Mary* y que Gerald sedujo con ratones vivos, atados al mascarón de proa, heridos venialmente para que el ave rapaz oliese su sangre y su miedo. Como no pudiese romper la cuerda, el falcón quedábase ahí mismo por devorar el cebo, ocasión que mi hermano empleaba en acercarse, a distancia más breve cada vez, tocando una balada con su pífano de bambú (en el modo aeólico que Aristógenes aconseja para sosegar las tempestades del ánimo) de suerte que el falcón pausaba sus latidos y adormecía su furor. Al tercer día, o antes, mi hermano soltó el pífano y ofrecióle, con la mano indefensa, una rata viva al falcón hechizado, que de tres picotazos devorola, con epifánico agradecimiento y pifánica amistad.

Apresó así mi hermano su primer ave de presa, mostrando habilidad de cetrero y músico sin igual, haciendo gala de ciencia que no por práctica debiese llamarse profana ni demoníaca: un don natural para rendir la obediencia de las bestias más disímiles; por dicha virtud mi hermano sería empleado de nobles señores, a los que proveía de mangostas, perros, milanos, palomas, serpientes o leones, que adiestraba para uso de otros, como compañeros de ocio o de guerra, como juguetes de salón o armas de cacería, para grande maravilla mía y mayor gloria de mi familia.



POR HUMILDAD ANTE TI, JOVE DIOS, y por cortesía hacia quien me leyere, reconozco no distinguir con claridad hasta dónde he soñado lo que escribí y hasta dónde he escrito lo que soñaba. Si con maquinal agudeza mostró don Pedro Calderón que un sueño

era la vida, no fue porque la vigilia y los delirios tuviesen una misma substancia, sino porque el hombre no atina a ponderar cuánto de sueño y cuánto de vida conforma el alma, como constató su personaje, el príncipe Segismundo, injustamente encarcelado en esa comedia donde *La vida es sueño*. Más pertinaz sería esta confusión para presidiarios como él y como yo, porque en la geometría de nuestras mazmorras no hallamos distingo entre lo vivido y lo soñado, lo escrito y lo leído.

Sin lamentarlo, tomaré de ello provecho, transcribiendo mis sueños como si reales fuesen o como si fuese mi realidad una tragedia soñada o una teatral pesadilla, para que pueda mi alma fijar en papel sus ideas y sus objetivos, sin entregarlos por lo pronto a la vigilancia de Fernando Merino, ese gentil verdugo en cuyos fines no confío. Como aliado, Paracelso y Gerald, mi hermano, recomendarían que invocase un diablo auxiliar, semejante al que instruía a Sócrates o a los que San Cipriano dominaba, por lo que he de emprender nuevo ayuno, redoblado, cuidándome de reservar los alimentos que no coma, los huesos sin mondar y las semillas sin cáscara, que luego habré de disponer en la esquina austral de mi calabozo, formando un pentagrama sobre el orificio del caño, al compás de los rezos y conjuros apropiados. Vigilante sin desvelo, con paciencia he de esperar que un *servus spiritus* (como lo llamaba el alquimista Flamel) o un hambriento nahual (como lo recomendase el Ciego Ignacio) sea atraído hasta mi dominio por el aroma a podrido.

No debería sorprenderme que Mañozca y sus esbirros, por efecto de estas historias, endemoniado me consideren o loco, insistiendo en conocer mi comercio con los demonios. No he mentado diciendo que me ha visitado un ángel con forma de mozo de dieciséis años, vestido con jubón rojo y calzado con botas blancas, pues así evoco a Gerald mi hermano, ángel cazador y flautista, cada vez que acude a mis sueños. Visita muy edificante, no como algunas que me hacen esos otros demonios que ora contienen alma de pirata en pellejo ratonil, ora alma de monja en pellejo de gato, ora alma de clérigo en pellejo de cucaracha, ora alma de sirena en pellejos femeninos como los adorables de Margarita, Justina y Helena, esas sirenas de mi nostalgia; pellejos que entran debajo de otros pellejos, hablando

todos por libro de virtud en esta lengua castellana, salpicada con latines y agudeza.

Por más que se espantasen con tales historias o descreyesen de ellas, esos jueces, falsos simoníacos doctores, no conciben que sean mis demonios solo metáforas, juegos de ingenio poético, fabulaciones que son «el alma de la poesía», como dijera el padre Gracián, con agudísimo ingenio, al demostrar que los monstruos fabulosos citados por los poetas no tienen existencia literal sino simbólica, como figuración sensible de conceptos inteligibles.

Poco importa, por lo más, la apariencia de ese demonio mientras caiga en mi trampa mágica con su vocecilla chillona, para hacerlo cumplir su pacto implícito, en poniendo a salvo mis escritos y en trayendo esa cápsula que necesito, llave del Paraíso, veneno de mis padeceres. (Pero deja de llorar, lastimero Guillén, y escribe, soñando que escribes o escribiendo que sueñas las memorias de tu infancia, tan lejana en el tiempo, tan cercana en tu afecto).



CUMPLIOSE PRONTO, FATAL, el augurio de ese caballero casi cadáver que en sueños vislumbré, embriagado por las artes de Catalina, pues poco después enfermó doña Alfonso, mi madre (*Speculum iustitiae*, *Sedes sapientiae*, *Causa nostrae laetitiae*), entre flemas y fiebres que no aliviaban sanguijuelas ni emplastos. Desoyendo su médica verborrea, al ver los gusanos blancos que el señor Deveraux extraíale por la boca, me asustó saber que habíamos ocasionado nosotros (quizás) la agonía de doña Alfonso, al vislumbrar su porvenir con artes de nigromancia. (Pero ¿de qué sirve intuir lo futuro si no podemos modificar lo presente para prevaricar su decurso?). Y mucho lloré por esa culpa indecible, cuando la vi tendida en su penúltimo lecho, con un rosario entre los dedos, su rostro pálido como cirial, su frente febril, su voz apagada que buscaba hablar conmigo, a solas, como antes había hablado con mi padre y con John:

«Mi hijo querido, mi pequeño William», dijo tiernísima, «no llores mi muerte ni la tuya cuando llegue mi hora, pues la vida no es sino frágil y ardua escalera, que brota de las alevés aguas de este

mundo, y asciende hasta el levísimo éter del último cielo; aprende a controlar tus ímpetus, telúrico William, y haz como el zorro que pisa la cola del tigre, con tanta suavidad que no lo despierta; que con dicha estratagema podrás vencer al fuerte, domeñar al indomable y establecer las justas jerarquías que dan sentido a tu alma y libertad a tu pueblo».

Abrumado con el enigma de sus palabras, tan oscuras como luminosas, jamás revelé a los demás su oráculo, como tampoco Catalina el suyo, aunque a todos fue notoria su tristeza, pues se mantuvo llorosa durante el funeral, cantando sin parar esa antigua balada que se cantaba por los muertos:

Con la cara descubierta
la llevaron a enterrar
y llovieron muchas lágrimas
donde su sepulcro está.

Y con tal sentimiento cantó Catalina, que alguien vio al cadáver de doña Alfonsa Sutton llorar una lágrima póstuma, en milagro tan portentoso cuan estéril. («¿Y ella no volverá? / No, que bien muerta está / De su lecho de muerte/ ella jamás volverá»). Y todos lloramos con ella, incluso las campanas de Our Lady's Island, en honor de doña Alfonsa, hija predilecta de su raza, humilde sierva de Dios, contadora de leyendas y amante generosa que jamás negara sus besos a sus hijos ni a su esposo, ahora sumido en doliente estupor. Y solo detuvo su canto mi hermanita cuando el cortejo terminó, jurando Catalina, desde ese momento, sellar para siempre sus labios a la música.

Vinieron a darnos sus condolencias parientes de toda Irlanda, los Sutton y los Signot y los otros Lamport, que interrogaban a mi padre sobre sus planes, qué pasaría con sus hijos, con su barco, con los sesenta y ocho acres de hacienda que mi padre poseía, en parte por herencia, en parte con el sudor de sus travesías. Como no podía él responder, nuestros familiares el tema desviaron para hablar de doña Alfonsa, que mi padre conoció en uno de sus galeones, junto con otros irlandeses que volvían a Wexford luego de visitar

parientes exiliados en España. Y al tío abuelo Nicholas, señor de Ennischorthy, también lo evocaron algunos, elogiando su desempeño cuando derrotó a los ingleses en Kinsale, aunque otros lamentaron que cuatro cobardes ingleses lo acuchillasen por la espalda en una taberna, como castigo por vencer al rey Charles en dicha batalla.

Viendo tan abatido a don Richard, mi hermano John pidió la palabra para proponer una salida a nuestro apuro: «Supongo, padre, que no podréis cuidar de nosotros como mi madre, ocupado como estáis en proteger nuestra hacienda, lo cual me ha animado a solicitar ingreso a la orden franciscana, ahorrándoos así mi sustento».

Su decisión fue elogiada en grado sumo por los parientes, que de espontáneo afán se hicieron arreglos similares para los demás huérfanos: que Catalina se inscribiese en un convento de clarisas, que Gerald trabajase de pescador con mi padre, que yo me mudase a Dublín para ingresar al Colegio de la Compañía de Jesús, «donde el pequeño William podría cultivar su natural talento en las humanidades, las artes de la teología y las sutilezas de la guerra», opinó el señor Deveraux, luego de ofrecirme protección y hospedaje en su propio domicilio, a cambio de una breve subvención (el muy bellaco).

Mi padre y yo aceptamos, firmando el que fuese mi primer pacto con un diablo en pellejo de hombre, y así explicó su decisión don Richard (oliendo a whisky) en haciendo conmigo el equipaje que portaría: «Mi querido William, no llores por tu partida y haz como debía haber hecho Orfeo cuando huyó del Hades, sin mirar atrás. Olvídate de esta isla, profanada isla de sabios y guerreros, santos y traidores, esta hermosa y verdísima isla, donde nunca fue el irlandés feliz, ni lo será por muchos siglos, en tanto los caminos de la tierra sigan apartados del cielo. Desposeído de su tierra, como el israelita, el pueblo irlandés habrá que vagar si quiere ser libre, errante y errático, valiéndose de las únicas armas que posee y que son el silencio, el destierro y la astucia».

Aun sin entenderlas, estuve de acuerdo con sus palabras, por ser las de mi padre, y por aclarar sus consecuencias, persuadí a Catalina uno de esos días porque fuésemos a jugar, en secreto y por última vez, a los robledales de Ballyhire, allende nuestro reino de

Escofira, con sus tréboles y líquenes, sus menhires celtas y su altar de piedra.

Una vez ahí, pedile a Catalina que jugásemos al caballero normando que consultara a la sacerdotisa celta, hirviendo de nuevo los ojos de gallina, el muérdago y la cabeza de un cuervo, para asomarnos otra vez al espejo mágico y prever los aleves efectos de mi precoz destierro.

«No, querido Will», me dijo cabizbaja, «nuestros juegos han terminado y menester no hay de hechizos para ver que mamá se fue, secuestrando con ella nuestra niñez». Abrazada a mí, vaticinó entonces que jamás volveríamos a vernos y que yo sufriría mucho en el Trinity College de Dublín, donde se estudiaba a coste de mucho sacrificio, pero que no debiese gemir sino celebrarlo, por cuanto el dolor es artífice de sublimes destinos, entre los cuales campearía el mío, por encima aun de San Julián o San Esteban, viviendo y muriendo lejos de la *Insula Sacra*; «un destino luminoso y oscuro, querido Will, rojo de sangre, fuego y de gloria, eso presiente por ti mi corazón».

Al final, entre suspiros (acaso por vislumbrar la miseria mortal que padezco ahora), Catalina juró que jamás olvidaría de mí, que incluso en mis vísperas penúltimas, recordaría ella en las sílabas de sus plegarias y el oráculo de sus sueños. Solo me pidió que nunca dejara de luchar contra los que quisieran oprimirme, «porque, ante los ojos de Dios, poco importa vencer o ser vencido mientras haya valentía y se conserve la fe». Entonces me besó, Cathy la besucona, con beso (casi de hermana, casi de madre, casi de esposa) que puso al rojo la seña de mi frente, como una brasa ardiendo bajo mi piel helada: señal de amor que impuso la sacerdotisa sobre el caballero, imprimiendo en mi corazón la fuerza, la luz, el fuego del amor que me arrebató hacia Ti, mi Dios, cantando en estupor eterno a Tu Majestad, que sagrada se suaviza con la Caridad, llenando de felicidad a tus amantes. *Tu Deus quem cupio, imple mea dicta Qui potes!* (o, como traduciría el pícaro Molinilla: «¡Oh amado Dios, cumple si puedes mis palabras!»).



CUÁNTAS HISTORIAS, cuántas cicatrices; cada hora vivida me ha impuesto una llaga en cada rincón de mi pellejo. Luchando con la enfermedad y sus delirios, mi alma desmaya, postrera, y mi lengua titubea, pegada a la garganta con la saliva seca que sella mis fauces. Por mucho que me consuele la escritura, ni cómo olvidar la muerte que me amenaza, tristísima, y entonces la angustia me anuda los nervios con las arterias y desata los nudos de mis ligamentos. Hinchado mi pecho, la sangre me comprime el corazón y mi carne tórname negruzca, efigie palpitante de un cadáver. Entonces, como nunca, pienso en el regalo que Gerald mi hermano diome como despedida, cuando yo abordaba el bajel que me llevaría a Dublín: una redoma con una resina negra, que cabía en el puño «y cuya receta permite una muerte instantánea y sin dolor, si todo está ya perdido».

Ah, si llorar pudiera, cuando menos. A mi calabozo ha bajado anoche el alcaide Merino para darme a conocer la fecha exacta de mi muerte. Será a mediados de noviembre, en dos meses y días, cuando se realice el Auto de Fe que habrá de consumir mi coronación de fuego. Pero así incluso, avinagrada mi alma, muerta mi esperanza y suspenso mi juicio, juro ante quien me levere, por Dios Nuestro Señor, que no habré de rendirme, por más que mis carceleros me priven de la misa dominical que como cristiano exijo, pues adrede lo hacen, los muy compasivos, para matar mi fe privándola de la Santa Eucaristía.

Pero no, mi Señor, no renegaré por ello. Conociendo el plazo de mi muerte debo alegrarme, rendir confesión de mis pecados, ahorrar mis energías, en acechanza de la menor oportunidad que Tú me concedas para vencerlos. (Sí, loco Guillén, como esa que ahora se acerca por el caño. ¿La escuchas?). Sí, muy claramente la escucho. (¿Sus pasitos diminutos en la piedra del calabozo, el eco de sus resuellos, el rechinar de sus colmillos en las rejas?). Sí, la oigo mordisqueando los huesos y las semillas con que dispuse sobre el piso el pentagrama. (O sea que fue tu súplica atendida por Jove Dios o sus esbirros). Sí, *gloria Patri*, ahí viene mi demonio servil, mi súcubo auxiliar, hacia mi lecho, caminando ahora entre mis sábanas, lamiendo

con su lengüecilla mis pies, mi pellejo rasguñando, hablándome al oído con su chillona, roedora vocecilla:

«Buenas noches, mi señor don Guillén, monarca supremo de América Citerior y rey de los mexicanos; ¿cómo marcha la escritura de vuestras memorias?, ¿al fin sois sincero, mostrando vuestra vida sin el paño de vuestras ambiciones ni las gárgolas de vuestra retórica?».

«Siempre he escrito la verdad, amiga, sobre todo cuando miento».

«¿Me habéis invocado entonces, mi Señor, para que corrija vuestro estilo emponzoñado por la gramática de vuestros jueces, tan enemiga de la buena prosa como de la moral cristiana?».

«Sin demeritar esos poéticos talentos, prefiriese usar otros dones vuestros, menos sutiles, como la rastrera habilidad que tenéis para escurriros bajo las puertas, por los caños, encima de los tejados, entre rejas y albañales, llevando o trayendo aquello que os encomiende».

«Tal es mi especialidad, Señor: puedo conseguiros ganzúas, trozos de cuerda, lijas o navajas pequeñas, e incluso lienzos viejos para que amarréis vuestras sogas, aunque, si queréis mi opinión, diría que no tenéis fuerza ni energía para organizar una nueva fuga, a menos que fuese metafórica».

«Habláis con razón. No habrá más fuga. Si he seguido a David errante, procuraré seguirlo penitente; quien de Dios intenta el perdón ha de perdonar, y quien pretende en esta vida la gloria ha de pasar por voluntaria pena».

«No entiendo, entonces, para qué me invocasteis».

«Por dos misiones que he planeado y que vos habréis de emprender por mí: la primera, alejar de esta mazmorra los papeles y objetos que yo disponga, hasta el escondite que yo os diré, y la segunda, traerme una de esas cápsulas, muy substanciosas y ensoñadoras, que ese indio, el Ciego Ignacio, llamaba ojos de cuervo, y que sabía preparar su mujer, Hipólita la tuerta, mezclando sesos de cuervo con esperma del Diablo y manto de la Virgen».

«Ah, entiendo, mi Señor: lo que deseáis es viajar, lejos muy lejos. Si no consigo las bolitas, puedo conseguiros la receta. ¿Cuál queréis?, ¿la receta que os hace invisible o la que os traslada en espíritu a cualquier sitio del micro o macrocosmos?».

«Las dos, mi amiga, para no equivocarnos».

«¿Estáis consciente del precio espiritual que implica? ¿Desdeñaríais la aureola del mártir, solo por miedo al dolor corporal?».

«No lo decido aún, hermana rata, que para ello me resta tiempo».

«Sea, mi Señor», acepta ella. «Por cierto, mi nombre es Jezabel, y seré vuestro espíritu auxiliar, si no os molesta mi auxilio».

«Gracias, amiga Jezabel y alabado sea Jove Dios», digo yo y ella se acurruca en mi regazo para que yo acaricie su cuerpecillo, sus uñas filosas, su albino pelaje, oloroso a caño, sacristía y biblioteca. Para que fuese mi destino soportable, bastaría saber cuántos de mis amigos o mis enemigos, mis amores o mis desamores echarán en falta mi presencia, cuántos por mí rezarán, cuántos contarán mis historias a sus nietos. ¿Acaso recordará nuestras veladas el bueno de Sebastián Carrillo, que tanto aprendió de mis lecciones? ¿Tendrá nostalgia de mí Antonia, triste novia mía, si sobrevivió a mi abandono? ¿Se ablandará el corazón de mi hermano, fray Juan, al conocer la gravedad de mi sentencia? ¿Llorará mi padre, si acaso vive, por la suerte de ese hijo suyo que jamás cumplió sus augurios? ¿Rezará por mi alma Catalina, mi suave dulce hermana?

No. Basta ya. ¿Acaso hay quien goce que no pene? ¿Ni eminencia tan alta, que no la expugne el pesar? ¿Hay deleite, que no pese más el remordimiento que lo sigue? ¿Hay riqueza, que no cueste más de conservarse? En consecuencia, preferible será acallar mis dubitaciones, lloros y vanos pensamientos, para que imponga la medianoche su tiranía sobre mi espíritu, sobre la pequeña y pícara Jezabel, sobre mis voces y mi pluma, exhausta ya de escribir y de soñar. (De escribir lo soñado o soñar lo escrito, insomne Guillén, y soñador).